



CUENTO

A ver entrar a la jovencita en la tienda, el empleado pensó que venía a hacer alguna pequeña compra para su madre.

En realidad, la adolescente de rubios cabellos no tenía más propósito que matar el tiempo y entregarse a su «sport» favorito, es decir, colmar la paciencia de las gentes.

—¿Tienen ustedes guantes?

—Desde luego, señorita—repuso el vendedor—. Tenemos guantes. ¿Qué clase desea? ¿Suecia? ¿Cabritilla «glacé»?...

—¿Cabritilla «glacé»?—comentó la jovencita con todo el candor de sus rasgados ojos—¡Oh!, no me agrada usar guantes hechos con la piel de esos pobres animalitos.

El empleado esbozó una sonrisa optimista:

—Señorita, se denominan de cabritilla, porque es la moda; pero, en realidad, los guantes están hechos con piel de cabras viejas.

—Entonces, ¿por qué dan ustedes el lindo nombre de cabritilla a guantes que están hechos con cabra vieja? No es correcto.

—Escuche, señorita; si teme usted que la cabra sea demasiado joven o la cabritilla demasiado vieja, puedo mostrarle muchas otras calidades. La gamuza se usa mucho esta temporada.

—No me agrada lo que se usa mucho.

La sonrisa del empleado fué un poco

forzada, pero, al fin y al cabo, fué una sonrisa. Imperturbable en su paciencia, replicó:

—Entonces, ¿prefiere usted piel de Suecia?

—¿Suecia? ¿Qué significa esa denominación?

—Es una forma de mencionar cierta clase de guantes. Estoy seguro de que serán de su agrado.

—¿Es el nombre del animal?

—Verdaderamente, señorita, no podría decirselo... Voy a mostrarle un par.

—Sí, de acuerdo.... Pero yo me pregunto si los guantes de Suecia no serán tan suecos como usted y como yo...

—Señorita, no hay que tratar de comprender el origen de las expresiones comerciales. De igual modo se dice «dar una vuelta» cuando se sale de paseo, y ello no significa que tenga uno que girar sobre sus talones... y también se dice «endosar un cheque», con lo cual, como usted sabrá, no se quiere expresar que el cheque tenga que ponerse como sobretodo.

La jovencita no parpadeó, como si el chistecito no le hubiese hecho mella. Y el empleado abrió una caja y le ofreció un par de guantes.

—No—dijo ella—. Son de un gris demasiado sombrío

Entonces, el vendedor subió en una escalera de mano, se apoderó de una segunda caja y propuso otros guantes que eran de un gris demasiado claro. Luego trepó por la estantería, tomó una tercera caja y sacó de ella unos guantes color marrón. Eran demasiado oscuros. Se arrodilló detrás del mostrador, entreabrió una cuarta caja y propuso guantes de manteca fresca. Eran demasiado llamativos. Pero apiadada por el sudor que corría por la frente del vendedor, la joven declaró con voz dulce que se los llevaría de todos modos.

Una sonrisa de agradecimiento iluminó el rostro del hombre.

—Valen siete chelines y medio el par.

—Está bien—repuso ella—. Me llevaré uno.

—Un par. Perfectamente.

—No. He dicho un guante; el de la derecha.

La sonrisa de agradecimiento desertó de la cara congestionada del vendedor.

—¡Oh, señorita! Es imposible—dijo en tono perentorio—. Nunca se nos pide un solo guante. No podemos deshacer los pares.

—¿Nunca les piden un sólo guante?—repitió ella con el tono más inocente del mundo—. ¡Qué cosa tan rara!... Pero yo sólo necesito el guante de la mano derecha.

—¿Y qué quiere usted, señorita, que luego hagamos nosotros con el guante de la mano izquierda?

—Señor, cuando yo compro guantes, no me interesa saber lo que ustedes hacen con los que no compro. En el caso presente, se trata de un tío mío, que es manco, y que se vería en aprietos para usar un par de guantes.

—Señorita, es imposible—replicó el vendedor exasperado—. Es absolutamente imposible vender un sólo guante.

—¡Oh, no comprendo el por qué, sobre todo cuando estoy dispuesta a pagar el importe de un par por un sólo guante!

La sonrisa reapareció en el rostro del vendedor.

—¡Ah, muy bien, señorita!... ¡Comprendo! Eso cambia completamente la cuestión... Con mucho gusto. Usted me ha pedido el guante derecho ¿verdad? Aquí lo tiene...

Pero la jovencita recogió su bolso de mano, adoptó una actitud altanera y concluyó:

—Perdón, señor. Usted me ha dicho que no podía vender guantes sueltos; me lo ha repetido dos veces... Y ahora me propone el guante derecho... Usted no es coherente consigo mismo, y me veo obligada a dirigirme a otra tienda... De cualquier manera reconozca que es demasiado fuerte ver anunciado en sus vidrieras: *Especialidad en guantes*, cuando no ha sido usted capaz de venderme uno sólo... ¡Hasta la vista, señor!...

La jovencita, con un gracioso movimien-

to de cabeza, saludó, sonrió y partió. Dos minutos más tarde, el cajero de la guantería hacía aspirar vinagre al vendedor, tendido sobre el pavimento.

CURIOSIDADES CASTELLANAS

En las Siete Partidas se establece un castigo terrible: «untar el cuerpo del culpable, con miel, haciéndole estar al sol para que sea comido por las moscas.»

La Basílica de Santa Leocadia, en Toledo, es uno de los monumentos más históricos. Data del siglo iv.

El *alboroque*, de origen árabe, es costumbre para solemnizar ventas y contratos, que aún se conserva.

El primer Concilio de Toledo tuvo lugar hacia el año 400 de la era cristiana, bajo el reinado de Honorio.

Las antiguas Universidades españolas no tenían, ni reconocían, según sus fueros, otra autoridad que la de su rector.

Los maravedises llamados *prietos* o *negros*, eran de cobre en su mayor peso y valían unos cinco reales por la poca plata que contenían.

Santa María la Blanca, de Toledo, se construyó a principios del siglo xii para sinagoga judía.

Enrique IV de Castilla fué destronado por los nobles en Avila el año 1465, en efigie.

El Fuero Juzgo sancionó el «derecho de asilo».

En tiempo de los visigodos adoptaron las mujeres y los hombres unos gorros o morteretes que se hacían de ricas pieles.

A principios del siglo xii, Cuéllar era cabeza de Concejo, con voz y voto sus procuradores en Cortes.

ADETE.

Visado por la censura